

La autoridad

Cómo lograr una autoridad positiva

Tener autoridad, que no autoritarismo, es básico para la educación de nuestro hijo. Debemos marcar límites y objetivos claros que le permitan diferenciar qué está bien y qué está mal, pero uno de los errores más frecuentes de padres y madres es excederse en la tolerancia. Y entonces empiezan los problemas. Hay que llegar a un equilibrio, ¿cómo conseguirlo para tener autoridad?

¿Qué hago si mi hijo/a de 3 años está encima de la mesa y no quiere bajar?

Le digo que baje pero no me hace caso y no baja

Situaciones semejantes a ésta se presentan frecuentemente. Generalmente uno de los dos miembros de la pareja pone la cuestión sobre la mesa aunque estén los dos. El otro miembro de la pareja asiente, con su silencio cómplice, afirmando con la cabeza, porque el problema es de los dos, evidentemente.

Las actuaciones paternas y maternas, a veces llenas de buena voluntad, minan la propia autoridad y hacen que los niños/as primero y los adolescentes después no tengan un desarrollo equilibrado y feliz con la consiguiente angustia para los padres. Los p/madres que reconocen no saber qué hacer ante las conductas disruptivas de su pequeño/a y se lo plantean en pareja están en mejores condiciones de disfrutar de la calidad de vida que supone saber afrontar la educación de sus hijos/as.

¿Cuáles son los errores más frecuentes que cometemos cuando interactuamos con nuestros hijos/as?

En alguna ocasión todos hemos cometido los errores. En educación lo que deja huella en el niño no es lo que se hace alguna vez, sino lo que se hace continuamente. Lo importante es que, tras un periodo de reflexión, los p/madres consideren, las actuaciones que pueden ser más negativas para la educación de sus hijos, y traten de ponerles remedio.

El autoritarismo. Sólo persigue la obediencia por la obediencia. Su objetivo no es una persona equilibrada y con capacidad de autodominio, sino que haga todo lo que dice el adulto. Es tan negativo para la educación como la permisividad.

Falta de coherencia. Los niños/as han de tener referentes y límites estables. Las reacciones del p/madre han de ser siempre dentro de una misma línea ante los mismos hechos. Nuestro estado de ánimo ha de influir lo menos posible en la importancia que se da a los hechos. Si hoy está mal rayar en la pared, mañana, también.

Igualmente es fundamental la **coherencia entre el padre y la madre**. Si el padre le dice a su hijo que se ha de comer con los cubiertos, la madre le ha de apoyar, y viceversa. No debe caer en la trampa de: “Déjalo que coma como quiera, lo importante es que coma”.

Gritar. Perder los estribos. A veces es difícil no perderlos. Perder los estribos supone un abuso de la fuerza que conlleva una humillación y un deterioro de la autoestima para el niño. Además, a todo se acostumbra a ello. Cuando los gritos no dan resultado, la ira del adulto puede pasar fácilmente al insulto, la humillación e incluso los malos tratos psíquicos y físicos, lo cual es muy grave. Nunca debemos llegar a este extremo. Si nos sentimos desbordados, deben pedir ayuda: tutores, psicólogos, escuelas de padres...

No cumplir las promesas ni las amenazas. El niño aprende muy pronto que cuanto más promete o amenaza un padre/madre menos cumple lo que dicen. Las promesas y amenazas deben ser realistas, es decir fáciles de aplicar. Un día sin tele o sin salir, es posible. Un mes es imposible.

No escuchar. Muchos p/madres se quejan de que sus hijos no les escuchan. Y el problema es que ellos no han escuchado nunca a sus hijos.

Exigir éxitos inmediatos. Con frecuencia, tenemos poca paciencia con los hijos/as. Quisiéramos que fueran los mejores... Todo requiere un periodo de aprendizaje con sus correspondiente errores.

Actuaciones positivas que ayudan a tener y autoridad positiva ante los hijos:

Tener unos **objetivos claros** de lo que pretendemos cuando educamos han de ser **pocos, formulados y compartidos** por la pareja, de tal manera que los dos se sientan comprometidos con el fin que persiguen. Requieren tiempo de **comentario**, incluso, a veces, escribirlos para no olvidarlos. Además deben **revisarse** si sospechamos que los hemos olvidado o ya se han quedado desfasados por la edad del niño o las circunstancias familiares.

Enseñar con claridad **cosas concretas**. Al niño no le vale decir “sé bueno”, “pórtate bien” o “come bien”. Estas instrucciones generales no le dicen nada. Lo que sí le vale es darle con cariño instrucciones concretas de cómo se coge el tenedor y el cuchillo, por ejemplo.

Dar tiempo de aprendizaje. Una vez hemos dado las instrucciones concretas y claras, las primeras veces que las pone en práctica, necesita atención y apoyo mediante ayudas verbales y físicas, si es necesario. Son cosas nuevas para él y requiere un tiempo y una práctica guiada.

Valorar siempre **sus intentos** y sus esfuerzos por mejorar, resaltando lo que hace bien y pasando por alto lo que hace mal. Pensemos que lo que le sale mal no es por fastidiarnos, sino porque está en proceso de aprendizaje.

Dar ejemplo, coherencia entre las palabras y los hechos, no podemos pedir que hagan algo si nosotros nunca lo hacemos.

Confiar en nuestro hijo/a. La autoridad positiva supone que el niño tenga confianza en los padres. Es muy difícil que esto ocurra si el padre no da ejemplo de confianza en el hijo.

Actuar y huir de los discursos. Los sermones tienen un valor de efectividad igual a 0. Una vez que el niño ya sabe qué ha de hacer, y no lo hace, actúe consecuentemente y aumentará su autoridad.

Reconocer los errores propios. Nadie es perfecto. El reconocimiento de un error por parte de los p/madres da seguridad y tranquilidad al niño/a y le anima a tomar decisiones aunque se pueda equivocar, porque los errores no son fracasos, sino equivocaciones que nos dicen lo que debemos evitar. Los errores enseñan cuando hay espíritu de superación en la familia.

El sentido común es lo que hace que se aplique la técnica adecuada en el momento preciso y con la intensidad apropiada, en función del niño, del adulto y de la situación en concreto. El sentido común nos dice que no debemos matar moscas a cañonazos ni leones con tirachinas. Un adulto debe tener sentido común para saber si tiene delante una mosca o un león. Si en algún momento tiene dudas, debe buscar ayuda para tener las ideas claras antes de actuar.

Pablo Pascual Sorribas, maestro